

Entrada 1 - Cuaderno del capitán Lerag

3kklá

Image not found.

Capítulo 1

Hace un tiempo ya que me hice viejo. Por el camino perdí no solo la vitalidad sino también ese ingenio que caracteriza la afilada lengua del joven. Mis dedos perdieron su carne y se volvieron nudosos, los nudos que antes desataba con facilidad sentado en el muelle ahora resultaban una empresa que uno ha de plantearse si conviene acometer. No por ello ha de pensar uno que perdí mi vigor, no lo hice, es de lo poco que conservé, al igual que un joven es como la llama de una hoguera que todo lo devora con rapidez, yo, al envejecer, pasé del fuego a la lenta y viscosa lava que tan implacable avance tiene.

Me levanto cada mañana mecido por el bamboleo de mi querido y también anciano barco con el que una vez viajé a lo ancho del mundo. Reviso cada nudo, cada tabla, cada palmo del mástil. Saludo a las velas y al timón a fin de que guíen mi camino y, después, voy saludando uno por uno a cada integrante de mi tripulación. Algunos son tan ancianos como yo mismo mientras que a otros los he visto crecer desde que eran unos mocosos hasta ser los hombres que hoy son. Por último, cojo una manzana de intenso color verde y me siento el banqueta que hay junto al timón a contemplar el disimulado moverse del horizonte.

A menudo se acerca a mí mi buen amigo Hellins, de hombros anchos y rostro alegre, el buen Hellins, pese a ser joven, es el más meditabundo de todos. Anda siempre con la mirada perdida en un punto en la lejanía y el lento andar de un hombre acostumbrado a pensar. Siempre se me acerca con una cordial sonrisa y una manzana igual que la mía, se sienta a mi lado y juntos contemplamos la inmensidad del mar hasta que uno de los dos tiene algo que decir que merezca destruir ese silencio del que tanto nos gusta disfrutar.

La mayoría de las veces no es ninguno de los dos el que acaba con la calma sino algún otro que no termina de comprender la importancia del sosiego, si hay algo que uno aprende a lo largo de los años es que las prisas pocas veces llevan un barco a buen puerto. Esa mañana el destino eligió a Von para que destruyera ese preciado momento.

- Capitán – me dijo con la mayor formalidad – ha sido un placer viajar con usted en este precioso barco.

Dicho esto, se ajustó el cinturón y, cogiendo carrerilla, saltó al mar y comenzó a nadar frenéticamente. Ante tan inesperada sentencia, Hellins y yo nos levantamos apresuradamente y, con la rapidez que permite el conocer a la perfección el sitio en el que estás, atravesamos el barco entero. De fondo se escuchaba a la tripulación gritando a Von que regresase, pero no parecía que él fuera a volver. Yo me agarré de un cabo suelto y sacando medio cuerpo fuera de la borda oteé el horizonte a fin de

encontrar aquello que tanta turbación había causado en mi joven tripulante.

No tardé en darme cuenta de qué era y, al reconocerlo, me invadió un temor tal que por un momento pensé en no molestarme en luchar siquiera. A Dios gracias que Hellins, viendo mi desfallecer, tomó las riendas.

- ¡Todos a sus puestos! - gritó - ¡No quiero ver a nadie sin un sable una mano y un mosquetón en la otra! ¡Los artilleros a los cañones! ¡Marlon, el sable del capitán!

Acto seguido, mientras la tripulación se preparaba para lo que ellos no sabían que era una muerte segura, se acercó a mí.

- ¿Es tan malo como pintan en los cuentos?

Yo no tuve fuerzas para responder, me limité a asentir y comencé a rezar como solo aquel que sabe que la muerte se acerca es capaz. Me ceñí el sable y ajusté el pañuelo que llevaba atado al brazo derecho. Volví a cruzar el barco centrándome en cada uno de sus detalles pues esa, seguramente, sería la última vez que mis botas hicieran chirriar las desgastadas tablas de la cubierta.

Con la mano derecha en el timón y la izquierda reposando en empuñadura de mi sable miré al frente intentando mostrar una determinación que podría ser la última esperanza que mis tripulantes verían.

Camaradas – dije, pero me falló la voz. Carraspeé y volví a empezar – ¡Camaradas! ¡De peores situaciones hemos salido! ¡Peores mares hemos surcado y a peores vendavales nos hemos enfrentado! – grité y a medida que hablaba mi discurso fue ayudándome - ¡No es este el momento para coger el sable con mano temblorosa! ¡Ni lo es para que flaquee el ánimo! ¡No es este el momento ni el lugar para que este hermoso barco y su orgullosa tripulación se hunda!

El entusiasmo caló entre mis tripulantes, todos ellos se pusieron manos a la obra a fin de que nuestro barco no fuera un barco sino una ola que se fundiese con el mar. Yo me quedé en la cubierta, saqué mi catalejo y, al dirigirlo hacia aquello que habría de hundirme, no pude evitar que una lágrima resbalara por mi mejilla.

Capitán Lerag. Diario de abordo.